

mismo tiempo declaró que desde el 9 de diciembre de 1726 estaba reservado como cardenal *in petto*. Su proclamación no se hizo hasta el 30 de abril de 1728 (1). «Tengo la plena seguridad, escribía a un amigo, que con este cambio no he trocado nada más que el color y seguiré siendo siempre el mismo Lambertini en mi carácter, en mi buen humor y en mi amistad para con vos.» (2)

Siendo arzobispo de Ancona puso Lambertini una vez más de manifiesto de qué manera entendía él en su propio y exacto concepto cualquier cargo que le fuera confiado. Por medio de santas visitas, sínodos, cartas, instrucciones pastorales, fué siempre incansable apóstol del bien de la diócesis según el espíritu del decreto de reforma del tridentino. De su talento práctico y de su entusiasmo por el arte dieron fehaciente testimonio la restauración de muchas iglesias, lo mismo que el magnífico altar mayor que donó a su iglesia catedral. También se preocupó con el mayor celo por el bien material de sus diocesanos (3).

Con igual celo e idéntico éxito que en Ancona se consagró a la diócesis de Bolonia, adonde le trasladó Clemente XII en el mes de mayo de 1731 como metropolitano. Al participar al senado de Bolonia su próxima llegada, declaró ser voluntad suya el que sus restos mortales descansaran en aquella catedral, en la que había recibido el bautismo y la confirmación cincuenta y seis y cuarenta y seis años antes, respectivamente; decíales que llegaba con el corazón rebosante de amor hacia sus paisanos y que tenía el propósito de derramar a manos llenas toda suerte de beneficios y que confiaba encontrar cooperación a sus propósitos lo mismo que indulgencia para sus imperfecciones (4).

El nuevo prelado llevó consigo un reducido séquito, todo su acompañamiento lo formaban, como hace observar un contemporáneo, sus virtudes (5). Como no se hallase al corriente de las circunstancias por que atravesaba su ciudad natal, lejos de proce-

(1) Cf. nuestros datos del vol. XXXIV.

(2) Caracciolo, 30.

(3) V. la Vita en Kraus, Cartas, 249 ss., y Maroni, Lettere, 718 ss. Un manuscrito de su propiedad lo regaló Lambertini el 5 de julio de 1729 a la *Biblioteca Casanatense de Roma*, es el Cód. 103: Giov. Ferrarese, *De immortalitate animae (saec. 15, con miniaturas).

(4) Kraus, Cartas, 142 s.

(5) Caracciolo, 31. Cf. F. M. Pirelli, Delle lodi del S. P. Benedetto XIV, Prosa detta in adunanza d'Arcadia 17 Sett. 1741, p. xi ss.

der a una inmediata intervención personal, quiso por el contrario enterarse a fondo acerca de todo con la mayor celeridad. «No espero que la verdad venga a buscarme, solía decir, sino que yo me anticipo a buscarla, pues es de tan elevada alcurnia que no es lícito hacerla aguardar en la antecámara.» Sencilísimo en su género de vida, no conocía límites en su generosidad para con todos los necesitados. Una vez por semana visitaba la tumba del gran fundador Domingo, cuyos despojos mortales descansan en Bolonia, a fin de impetrar por su intercesión fuerza para su difícil cargo; luego se reunía con los hijos del santo, y con ellos se recreaba conversando sobre asuntos religiosos y científicos. Como antes en Roma, pronto se congregaron también en Bolonia en torno de Lambertini toda la flor y nata de los hombres de estudio: varones como Manfredi, Beccari, Galeazzo, Zannotti, se complacían con su ingenioso e instructivo trato, pues poseía el arte de enseñar deleitando (1).

Pocas horas de esparcimiento le quedaban en verdad al arzobispo de Bolonia, pues todas sus energías las dedicaba al buen gobierno de su diócesis, en la cual aun perdura hoy día su recuerdo. En cuanto tuvo conocimiento por sus visitas pastorales llevadas a cabo hasta en las aldeas más remotas de los Apeninos, de todas las necesidades, dió las oportunas órdenes en un sínodo diocesano. Luego se valía de las visitas pastorales para cerciorarse de cómo se habían puesto en práctica los decretos sinodales y qué éxito habían tenido (2). Los decretos de Lambertini, publicados juntos en 1733 (3), eran tan excelentes, que los más de los obispos los tomaron por modelo. Daba gran importancia a las misiones rurales, para las cuales, por cierto, encontró al hombre providencial en Leonardo de Porto Mauricio. Se preocupó tanto del seminario de Bolonia como de la restauración de muchas iglesias, y particularmente tomó a pechos la terminación de la catedral de San Pedro. En ella eligió su tumba, ya que libre de toda ambición daba por seguro que sus días habrían de terminar en Bolonia (4). Naturalmente prestó solícito cuidado a la biblioteca

(1) Testoni in Nuova Antologia, Gen.-Febb. 1906.

(2) Sobre las dos visitas a su archidiócesis v. las *Atti delle sue visite pastorali en el *Archivio general del arzobispado de Bolonia*.

(3) Notificazioni, editti e istruzioni, Bolonia, 1733.

(4) Carta de Benedicto XIV, dada a conocer por Gualandi en los Studi e mem. per la storia dell'Università di Bologna, VI, Bolonia, 1921, 100.

episcopal (1) así como a todos los demás centros científicos de su ciudad natal.

Es maravilloso cómo en medio de todo aun hallaba tiempo para sus grandes actividades de escritor. La magna obra sobre las canonizaciones la terminó en Bolonia (2), y dió comienzo a la referente a los sínodos diocesanos. Con verdad podía afirmar de sí que su mejor amiga era la pluma (3).

Muy significativo es respecto, tanto del modo de gobernar de Lambertini como de su carácter en general, el siguiente caso. Un párroco que había incurrido en crímenes nefandos recibió, cuando menos lo esperaba, la visita de su arzobispo. «Sólo a Dios — dijo al asombrado sacerdote — debo la gracia, si no yerro gravemente. Vengo a llorar con usted, no para hacerle reproche alguno. Los escándalos que usted ha dado sólo pueden tener remedio abandonando usted la parroquia; mas como no quiero empeorar su situación, le ofrezco un beneficio equivalente. Ea, no peque más, y abrázame como a su padre que derrama lágrimas sobre el hijo que siempre le ha permanecido fiel.» (4) Dotado de gran mansedumbre, no es de maravillar que Lambertini fuera insensible a las ofensas personales. Un poetastró compuso una sangrienta sátira contra él. Lambertini la corrigió de su propia mano, y se la devolvió con la observación de que en la nueva forma podría encontrar su trabajo mejor salida (5).

No disimulan los biógrafos de Lambertini que la vivacidad de su carácter le arrastrara a veces hasta la vehemencia; pero ésta nunca fué duradera: la bondad de su corazón triunfaba pronto y él cuidaba de remediar la falta con gran derroche de afabilidad (6). Más difícil le era mantener a raya su hirviente buen humor y agudeza de ingenio. Hasta contra el mismo Papa llegó a soltar la espita de su vena satírica. Hizole Clemente XII cargos contra el vicario general de Bolonia, del cual habían llegado quejas a Roma. Lambertini las creyó absolutamente infundadas; así lo escribió al Papa con toda franqueza, añadiéndole la siguiente observación. La

(1) Ibid.

(2) De servorum Dei beatificatione et beatificationum canonizatione, Bononiae, 1734-1738, 4 tomos.

(3) V., además de Caracciolo, loco cit., Guarnacci, II, 492.

(4) Caracciolo, 34 s.

(5) Ibid. 36.

(6) Ibid. 32. Cf. la Vita en Kraus, Cartas, 248.

elevada posición expone a Su Santidad al peligro del engaño, del cual no corro yo tanto, porque me queda tiempo para examinar con toda minuciosidad el caso. Yo castigaría al acusado vicario si fuera culpable, pero le conozco bien y todos los días pido a Nuestro Salvador que ojalá esté él tan satisfecho de su vicario en la tierra como yo lo estoy con el mío (1). Clemente XII no llevó a mal la broma; conocía a Lambertini y le siguió pidiendo consejo, como antes, hasta en los asuntos de menor cuantía. El Papa deseaba que el gran canonista expusiera siempre con gran claridad su criterio, que no siempre era precisamente el de la curia.

Cuán grande fuera la consideración que Lambertini gozaba entre los diplomáticos de Roma, lo indica el juicio de Santa Croce, legado del emperador en el conclave: «El cardenal de Bolonia — así escribía él la víspera del conclave — reúne ciencia con pureza de costumbres, y tantas otras buenas cualidades, que debe ser señalado como uno de los más excelentes miembros del sacro colegio» (2). Su gran erudición era universalmente reconocida. Kollonistch escribió el siguiente juicio al emperador Carlos VI: «A saeculis no hubo Papa alguno tan entendido *in iure et praxi Romanae curiae*, y de tan excelente corazón; su arzobispado de Bolonia lo ha regentado con gloria» (3).

El abate Certain, secretario del duque Saint-Aignan, señala como rasgo fundamental en el carácter del nuevo Papa la bondad y rectitud. Su bondad, dice, raya casi en excesiva, es incapaz de negarse a nada; la elevación a la más alta dignidad no ha producido cambio alguno en sus pensamientos, ni en sus palabras, como tampoco en el modo de manifestarse; sigue siendo tan sencillo y tan llano como antes. A sus amigos, hasta los de condición más humilde, los ha recibido con incomparable amabilidad, les ha recordado el pasado y ha rehusado que le besaran el pie ofreciéndoles la mano con estas palabras: «Permaneceremos siempre amigos» (4).

(1) Caracciolo, 34.

(2) *Stato presente dell'Italia e della corte di Roma da presentarsi a S. M. C. nel principio del Panno 1740, del archivo Santa Croce, 1910, en Roma por mí comprado en casa de Bocca; v. anteriormente, pág. 8, nota 3.

(3) *Kollonitsch a Carlos VI el 17 de agosto de 1740, *Archivo nacional de Viena*.

(4) Informe de 19 de agosto de 1740 en Heeckeren, I, XII-XIII.

El protoministro del imperio, José conde de Thun, en un escrito redactado poco después de la elección, presenta como singulares cualidades de Benedicto XIV, su sinceridad y su llaneza: aborrece toda ambigüedad en la expresión, dice francamente lo que siente, recreándose a veces con ingeniosos donaires y chispeantes agudezas (1).

El embajador de Venecia Marco Foscarini, al comunicar la elección hacia notar que el nuevo Papa, por no haber regentado nunciatura alguna, no poseía grandes conocimientos de las relaciones políticas; sin embargo, gracias a su ingenio despierto, memoria excelente y gran comprensión, estaba capacitado para formarse un recto juicio. Por naturaleza, prosigue Foscarini, es inclinado a la bondad, de modales distinguidos, propenso a veces a expresiones ingeniosas; fácilmente irritable, aunque pronto se apacigua de nuevo. No ha tenido nunca ocasión de ocuparse en las finanzas del Estado; en su vida privada mostraba mayor propensión a la generosidad que al ahorro, preocupándose de la Iglesia y los pobres, a guisa de los primitivos cristianos. Además ha hecho siempre que otros corrieran con la administración de su casa, y se dice que no conoce el valor de la moneda. Cuidará de la disciplina del clero, aunque sin extremos ni rigores excesivos. Aun cuando se ha dedicado preferentemente a los estudios jurídicos, estimulará indudablemente a toda suerte de sabios y se rodeará de buenos oficiales. Hasta la fecha no se ha manifestado inclinado a improcedentes encumbramientos de sus parientes. Si de su proceder hasta el presente es lícito deducir una conclusión referente al manejo de los negocios, tenderá más a la mansedumbre que al rigor. Por lo que se refiere al litigio sobre la jurisdicción de la Santa Sede, se mostró siempre tan propicio a la condescendencia, que se solía decir: monseñor Lambertini escribe ciertamente de manera excelente, pero sabe desentenderse fácilmente de los obstáculos y salir de apuros. Tal fué la norma de su conducta durante el pontificado de Benedicto XIII con ocasión de las divergencias con Saboya (2).

(1) *L'indole di S. S.^{ta} e specialmente ingenua e sincera avendo orrore alla doppiezza e parlando colla lingua come la senti nel cuore. Per ciò fu sempre tenuto per uomo libero e franco nei suoi consigli spiegandosi tal volta con molti faceti che gli sono assai naturali. Informe del conde de Thun del 23 de agosto de 1740, *Archivo nacional de Viena*.

(2) Informe de 20 de agosto de 1740, en Matscheg, 30.

Cuatro años más tarde afirmaba el embajador veneciano Francisco Venier que Benedicto XIV seguía siendo lo mismo que cuando era cardenal: efusivo, sincero, elocuente y enemigo de todas las llamadas artes romanas (1).

Recapitulando todo lo expuesto, se puede decir en síntesis que Benedicto XIV representaba la encarnación del espíritu italiano en su aspecto mejor y más simpático (2). A esto correspondía también su porte exterior: de mediana estatura, propendía a la corpulencia; su rostro lleno y fresco, enmarcado por cabellos castaños un tanto grisáceos, respiraba bondad y benevolencia; sus grandes ojos azules y extraordinariamente vivos centelleaban con destellos de perspicacia e ingenio; en torno de su boca corría un rasgo de humorismo (3). La miopía, calamidad de los sabios, le

(1) Ranke, III, 223*.

(2) Kraus, Cartas, XIII.

(3) De manera admirable expresa el carácter de Benedicto su busto, debido a Pietro Bracci, conservado en el Kaiser-Friedrich-Museum de Berlín (cf. Schöttmüller, Ital. Skulptur, 193; el mismo, Ital. Bildnisbüsten, Berlín 1923, 10, fig. 15). Un segundo busto de Bracci, que se halla en el Castello Sforzesco de Milán (cf. Gradara, Bracci, lám. XXXIV). También son buenos otros dos bustos asimismo de Bracci, uno de los cuales se halla en el museo de Grenoble y el otro en el Metropolitan-Museum de Nueva York (v. Domarus, 41). Otros bustos de mármol del Papa se hallan en la catedral de Ancona (de 1748) y en el palacio de los conservadores de Roma (sala de las Musas) debidos a P. Verschcasselt (v. Beringer, 34), así como en la capilla bautismal de Santa María Maggiore y en la Biblioteca Angélica de Roma, en la catedral de Padua (v. Vita di Clemente XIII, Venecia, 1769, 13) y en el palacio Castel Gandolfo (de cuando aun era cardenal). Sobre la estatua de mármol, mayor del tamaño natural, cincelada por G. B. Marini y situada en la escalera del antiguo convento de S. Agostino (ministerio de Marina), v. Repert. f. Kunstwiss., XXXIV, 14 ss; ella reproduce el carácter del Papa mejor que la estatua de su mausoleo de San Pedro. Un buen trabajo es la estatua en la Trinità de Pellegrini (fot. Moscioni, 22388, Domarus, 37). Lo mismo se diga de la media figura en mármol de Benedicto XIV, la cual por encargo de los cistercienses erigió Carlos Marchionni en el convento de Santa Croce de Jerusalén, reproducida en Ortolani, Santa Croce i. G. Obra maestra es también la estatua de 2,10 m. de talla debida a P. Verschcasselt que se encuentra en Monte Cassino (v. Beringer, 34). Un busto colocado el año 1754 en San Francisco de Asís a la entrada de la cripta recuerda la conversión de dicha iglesia en basílica patriarcal (v. Kleinschmidt, Die Basilika des hl. Franciskus zu Assisi, Berlín, 1915, 59); en el tesoro de Asís hay también un cáliz de oro del Papa. Sobre los bustos que se hallan en el Palazzo Civico de Ancona, v. Maroni, Lettere, 721 ss. De los retratos el más famoso es el del P. Subleyras († 1749) que se halla en el museo de Chantilly (v. Gruyer, Peint. au château de Chantilly, II [1898], 302; cf. Gazette des beaux-arts, 1925, 70), el cual lo regaló Benedicto a la Sorbona (v. Acta Benedicti XIV, II, 284) y ha sido repetidas veces renovado (v. el catálogo publicado en Roma

respetó de modo que cuando ya contaba ochenta y cuatro años aun leía sin lentes los escritos más enrevesados (1). De mayor trascendencia fué la excelente salud de que disfrutó durante largos años; sesenta y cinco contaba al ser elegido y parecía como si apenas tuviera cincuenta, tan ágiles eran sus movimientos y tan lozano el color de su rostro (2).

Mucho contribuía a la conservación de tan excelente salud en Benedicto XIV su gran parsimonia: para desayunarse tomaba chocolate con un poco de bizcocho; al mediodía sopa, verdura y carne asada, y para postre una pera; a la noche sólo un vaso de agua con canela; al mediodía bebía también agua, sólo al final tomaba un poco de montepulciano (3).

por C. Lang de los *Ritratti ital. della Raccolta Cicognara Morbio*, 23; además la lámina II, la reproducción de un retrato anónimo pero excelente en *manière noire*. Del mismo proceden los retratos que se hallan en la Pinacoteca de Ferrara y en la colección Mansi de Lucca (v. Voss, 643). El retrato de Subleyras está reproducido también en el primer tomo de la *Corresp. de Benoît XIV*, y sobre él hace observar el editor E. de Heeckeren (p. xi): *C'est un tableau d'apparat: draperies, fauteuil, costume, tout y est d'une richesse destinée sans doute à doner plus de solennité au personnage, somptuosité bien inutile d'ailleurs, le spectateur étant pris dès l'abord par la physionomie du modèle, d'une ressemblance parfaite, comme on peut facilement le constater par la comparaison des portraits connus. De éstos los más conocidos son los de Jacques Gautier, des portraits connus. De éstos los más conocidos son los de Jacques Gautier, Dagoty (cf. Thieme, XIII, 291 s.), Et. Desroches y Laurent Cars (Galería histórica de Versailles, v. Índice de retratos, editado por W. Coodlige Lane y Nina E. Browne, Washington, 1906, 121). También retrató a Benedicto XIV P. G. Batoni (v. Thieme, III, 36; Voss, 645), lo mismo que L. Stern (v. Noack, 46). De otros retratos al óleo tomé nota de ejemplares existentes en el museo de Faenza, en el museo Piersanti de Matelica, en S. Niccolò de Bari, en el hospital de Kues junto al Mosela. Un cuadro: «Carlo III visita Bened. XIV» de Pannini, en el museo nacional de Nápoles. El pintor vienés G. K. v. Prenner, que moró en Roma desde 1743, inauguró sus retratos al aguafuerte de afamados contemporáneos con el de Benedicto XIV (v. Noack, 43). Siendo cardenal fué retratado Lambertini por G. M. Crespi (cf. H. Voss, G. M. Crespi, Roma, 1921, 13) y por P. Nelli (grabado por G. Massi en el *Cód. 1323, 104 de la *Biblioteca Casanatense de Roma*). Dibujo de Lambertini por P. L. Ghezzi en el *Cód. Ottob. 3112, 68 de la *Biblioteca Vatic.* Muy interesante es el cuadro al óleo de Benedicto XIV cuando tenía seis años, que le representa con seria expresión del rostro, y se encuentra en el museo de arte industrial del palacio Margellini de Bolonia, reproducido en F. Cantoni, *Lambertiniana*, Bolonia, 1920, 23.*

(1) Io. Maria Merenda, **Memorie del pontificato di Benedetto XIV*, en el Cód. 1613 de la *Biblioteca Angélica de Roma*.

(2) *Ibid. Cf. el comienzo de la cuarta parte del Acta hist.-eccles., Weimar, 1740, 1050.

(3) Heeckeren, I, 127, 213; II, 539. Cf. el suplemento añadido al *Informe

Benedicto XIV fué un hombre tan familiarizado con el trabajo que con razón podía afirmar de sí mismo que aquél había llegado a ser su segunda naturaleza (1). Elevado a la más alta dignidad, cobró nuevos y mayores alientos, resuelto a sucumbir en la brecha como valiente soldado (2). A las cinco de la mañana ya se levantaba para consagrarse al trabajo durante todo el día, hasta altas horas de la noche en que se entregaba al descanso. De ordinario tenía tan ocupadas las mañanas por las audiencias, que terminada la comida había de retirarse inmediatamente el Papa a su despacho (3). En una de sus cartas al cardenal Tencin señala el Papa como algo sorprendente el que pudiera afrontar y satisfacer todas las demandas; añade que su primer secretario, que hacía ya veinte años que le servía, había sucumbido al trabajo y había tenido que marchar a su patria, Ancona, a fin de reponerse, y que el segundo, a quien tenía a su servicio hacía el mismo tiempo, exigía también especial cuidado, por lo cual había elegido un tercero, y añade: «aunque Nos aventajamos a los susodichos en treinta y cinco y cuarenta y cinco años, respectivamente, sigo dictándoles aún sin fatiga cuando ellos ya están rendidos de escribir» (4).

Con el fin de conservar en vigor sus fuerzas en medio del peso de los negocios, se entregaba Benedicto XIV a intenso ejercicio corporal, como era costumbre suya ya antes de su promoción. De mañana salía con frecuencia a visitar alguna iglesia y celebrar en ella la santa misa, y luego daba un paseo. Por la tarde, dos horas antes del toque del ángelus salía en coche y se dirigía primeramente a alguna iglesia para visitar el Santísimo y luego daba otro paseo. El que en estas salidas desplegara el menor boato posible ya era cosa que llamaba la atención (5); pero cuando el público no acababa de salir de su asombro fué a partir del otoño de 1743, cuando vieron que el radio de sus paseos se exten-

de Kollonitsch a Sinzendorf del 23 de agosto de 1740, *Archivo nacional de Viena*.

(1) Heeckeren, I, 52, 70.

(2) Ibid., 49.

(3) Ibid., 45, 52, 112, 142, 229.

(4) Ibid., 477.

(5) *Informe de Thun a Carlos VI del 27 de agosto de 1740, *Archivo nacional de Viena*. Cf. además I. M. Merenda, **Memorie, Bibl. Angélica de Roma*.

día por toda la ciudad, siendo así que sus predecesores sólo seis o siete veces al año se dejaban ver públicamente (1). Al Papa se le podía encontrar en las calles de la ciudad, como a cualquier monseñor; apoyado en su bastón de rota, se paseaba por doquier, y a veces preferentemente por los barrios apartados y habitados por el humilde pueblo, como el Transtévere, donde no se desdenaba de trabar conversación amigable en pública calle con las personas de condición más humilde (2). También fué una novedad el que concediera frecuentes audiencias en el jardín del Quirinal (3), donde andando el tiempo se hizo construir a este fin una casita de campo. A las señoras no las recibía sino en la capilla de alguna iglesia; a las tales no les estaba permitida la entrada en el Vaticano, sino en ausencia del Papa (4).

Manteniase alejado en absoluto de toda etiqueta (5), pero no del trabajo, durante su permanencia en el campo, que regularmente solía ser a fines de mayo y en octubre en Castel Gandolfo (6). Desde allí acostumbraba visitar las iglesias y aldeas colindantes, conversaba con los campesinos y recorría las selvas disfrutando de la naturaleza (7). Unicamente en el año jubilar de 1750 y en consideración a los peregrinos que habían de acudir a Roma (8), se privó de pasar temporadas en la quinta, costumbre que también observaba en Bolonia todos los años.

Un cambio notable se realizó en el tenor de vida del Papa cuando a fines del séptimo año de pontificado murió el médico Antonio Leprotti (9). Fué sustituido por el boloñés Marcantonio

(1) Caracciolo, 62.

(2) *Informe de Ruele a Uhlfeld del 19 de octubre de 1743, e *Informe a María Teresa del 12 de octubre de 1743, *Archivo nacional de Viena*. Cf. Heeckeren, I, 93.

(3) *Informe de Mellini a Kaunitz del 8 de octubre de 1752, *Archivo nacional de Viena*.

(4) Caracciolo, 62.

(5) Heeckeren, I, 58.

(6) *Hoy, escribe el cardenal Albani el 3 de junio de 1741, ha marchado Su Santidad a Castel Gandolfo, dove è passata senza comitiva non desiderando nessuna e bramando di godere la sua quiete a la piena sua libertà. *Archivo de la embajada austriaca del Vaticano*.

(7) *Informe de Thun a María Teresa del 10 de junio de 1741, *Archivo nacional de Viena*; y un *periódico de Roma del 24 de junio de 1747 en el *Archivo de la embajada austriaca del Vaticano*. Cf. Caracciolo, 74.

(8) I. M. Merenda, *Memorie, *Bibl. Angélica de Roma*.

(9) Heeckeren, I, 240.

Laurenti. Benedicto XIV no hacía gran caso de los médicos, pues él estaba persuadido de que tanto la vida como la muerte dependen sólo de Dios (1). Con todo consiguió Laurenti disuadir al Papa de la creencia de que sólo con mucho andar a pie conservaría su salud. Por consejo de Laurenti en adelante no hizo Benedicto más que moderado ejercicio en sus habitaciones, para luego salir en coche; también le prescribió Laurenti una nueva dieta, por la cual fué desterrado en absoluto el vino de la mesa del Papa (2).

Todas las mañanas recibía Benedicto a su secretario de Estado, luego al datario y al subdatario. Los restantes funcionarios, como el auditor y el secretario de memoriales no tenían audiencia hasta la tarde; hecho lo cual, el Papa, lo mismo que antaño en Bolonia, se pasaba una hora con la mayor llaneza en compañía de sus íntimos en animada y chispeante conversación, que giraba en torno de las novedades de Roma y de todo el mundo, sobre arte y literatura. En tales tertulias tomaban parte el mayordomo, el maestro de cámara, el médico de cabecera Leprotti, el arqueólogo Bottari (3) y el sabio filólogo Bouget, a quien nombró camarero secreto (4).

Este francés había trabado íntima amistad con el Papa hacía ya cuarenta años; Benedicto simpatizó extraordinariamente con él por su carácter despierto y exquisita formación; con frecuencia contendían ambos en aducir citas de los clásicos (5). El sobrio Benedicto sentía especial placer en chancearse del proceder nada práctico de Bouget y de su proclividad (a pesar de ser por lo demás un buen sacerdote) a los placeres de la mesa. En su correspondencia con el cardenal Tencin aparecen frecuentes insinuaciones punzantes sobre este particular (6).

A consecuencia de la inclinación que Benedicto XIV sentía a

(1) Sobre Leprotti v. Lombardi, III, 139, 223 s.; *ibid.* 202 sobre Laurenti.

(2) Así informa *Merenda, loco cit. Acerca de ambos médicos v. también Moroni, XLVI, 137, y Heeckeren, I, 241, 249, 251, 268, 285, 299; II, 114. El elogio de Laurenti en Acta Benedicti XIV, II, 38.

(3) *Giornale*, 53, 475.

(4) *Merenda, loco cit.; Caracciolo, 61, 104; L. Delaunay, *Un ami de Benoît XIV, le prieur Bouget*, Angers, 1918.

(5) Caracciolo, 104.

(6) Cf. Heeckeren, I, 47, 102, 226, 280, 464, 467, 471, 476, 483, 488, 493, 99, 511; II, 8, 14, 42, 62, 75, 77, 126.

recrear a sus contertulios con sus agudezas de ingenio, se le atribuyen gran número de dichos y anécdotas, cuya veracidad no es posible garantizar (1). Que Benedicto, cuyo buen humor establecía ante el menor incitamento, pasó con frecuencia de los límites de la moderación, es casi imposible negarlo. El vigor juvenil de su personalidad no perdió su lozanía ni aun bajo el peso de la dignidad papal. No siempre supo frenar la lengua, por lo cual se le deslizaron incluso inconveniencias (2). Mas tal debilidad iba unida a tan gran bonhomía que era imposible tomárselo a mal; toda significación torcida quedaba siempre descartada por la seriedad de sus costumbres (3), a las cuales nadie osó poner ningún reparo (4). Benedicto XIV tuvo siempre como norma de vida una gran independencia: como en cierta ocasión le aconsejasen que siendo Papa debía abstenerse de usar expresiones poco cultas del dialecto boloñés, respondió que dada su posición podía ennoblecer la manera de hablar de su patria (5).

Además con frecuencia echaba mano Benedicto de su chispa humorista como de arma defensiva en las relaciones diplomáticas. Más de una vez, decía él, me han sacado de apuros semejantes bromas, y si yo hubiera de escribir un libro destinado a los estadistas, no dejaría de aconsejarles que se valiesen de ellas. De este modo

(1) R. Giovagnoli (*Leggende Romane*. Papa Lambertini, Roma, 1887) añade además, con falta de crítica, motti según la tradición oral. Las agudezas de ingenio transmitidas por Caracciolo pueden considerarse como las más auténticas. Posteriormente se cebó la leyenda en Benedicto XIV atribuyéndole expresiones incluso muy atrevidas. Lo único cierto es que él acostumbraba expresarse con el ingenioso desenfado peculiar de los italianos. El boloñés conde Carlos Rangone notó en 1826 (1) las expresiones que todavía circulaban por la ciudad. Esta colección conservada en el *Cód. B. 2868 de la *Biblioteca del archigimnasio de Bolonia*, ha sido editada (Lambertiniana ossia i motti di Papa Lambertini, Bolonia, 1904) por F. Cantoni con un prolijo comentario. Sobre la autenticidad no se pueden naturalmente tener pretensiones.

(2) Según un *escrito privado de Thun del 18 de agosto de 1742 le aseguró Benedicto XIV la verdad de su afirmación con estas palabras: se ciò non era vero, che il diavolo lo portasse via subito. *Archivo nacional de Viena*. Thun, que pronto fué un acérrimo adversario de Benedicto, no acierta a contar otras inconveniencias.

(3) *Ha sempre manifestato una piena integrità di costumi, escribe Santa Croce el 23 de agosto de 1740 a Carlos VI. *Archivo nacional de Viena*.

(4) Así ni siquiera el frívolo presidente De Brosses; v. Cartas del mismo, II, 401.

(5) Caracciolo, 88.

se consigue eludir cuestiones que uno desea no afrontarlas, y fácilmente se rompe el hilo de una conversación que no se quiere continuar (1).

La bondad y magnanimidad tan características de Benedicto se pusieron ya de relieve en los mismos comienzos de su pontificado al sacar de la prisión de San Angel al cardenal Corcia (2) y cuando colmó de beneficios a su enemigo el cardenal Corsini (3).

Pero lo que principalmente conquistó a Benedicto XIV general reconocimiento fué su inquebrantable entereza en materia de nepotismo: su hermano Egano, secretario suyo en Bolonia, recibió orden de no presentarse en Roma sin ser llamado por él; pero el tal llamamiento no llegó jamás a efectuarse. Mi familia es la Iglesia, decía Benedicto, y la túnica del Señor es indivisible (4). Rehusó todas las distinciones con que España brindó a su familia (5). Al enviar a su sobrino a educarse al Colegio Clementino prohibió terminantemente al rector que hiciera con él la menor distinción en el trato con relación a los demás educandos. No había lugar a duda: jamás miembro alguno de su familia tendría que agradecerle el más mínimo ascenso. Su familia hubo de permanecer en la misma sencillez y modestia de siempre (6).

Ya antes de la coronación, celebrada en el mes de agosto de 1740, se preocupó Benedicto XIV de la provisión de los cargos más importantes (7). Para secretario de Estado fué designado el cardenal Valenti Gonzaga; prodatario, el cardenal Aldrovandi, boloñés (8), el cual gozó al principio de gran influjo y llegó a con-

(1) *Ibid.*, 113.

(2) Cf. *Merenda, loco cit.; Caracciolo, 42.

(3) El embajador veneciano Foscarini dice que esto había sido il più eroico di S. Stà. V. Gandino, *L'ambasceria di M. Foscarini*, 73.

(4) Caracciolo, 70, 160. Benedicto desaprobó el nepotismo de Inocencio X; v. Heeckeren, I, 326.

(5) Heeckeren, I, 205.

(6) *Ibid.*, I, 505; II, 213, 226, 232 s., 560. Cf. también Kraus, *Cartas*, 92, y Guarnacci, I, Praef., vi. *La sua famiglia molto antica in Bologna apena aveva mille scudi d'entrata, et in 18 anni di pontificato apena si conta che possa adesso averne cinquemila et forse non averebbe neppure questo, se il card. Millo non avesse usata tutta l'industria, escribe Merenda, loco cit.

(7) V. las *cartas del cardenal Acquaviva a M. de Villarias de 18 y 20 de agosto de 1740, *Archivo de Simancas*, y el *Informe de Thun a Carlos VI del 23 de agosto de 1740, loco cit.; además *Merenda, loco cit. Cf. también Moroni, XLI, 136, 271.

(8) Cf. Fantuzzi, *Mem. d. vita del card. Aldrovandi*. Edificó en su ciu-